

IV  
 A mil millones de leguas de  
 la Tierra.

En las profundidades del espacio, á una distancia del Sol que sobrepuja en treinta veces la que nos separa del astro central, bajo una irradiación de calor y de luz solares novecientas veces más débil que la en que boga nuestro planeta, voltea el mundo neptuniano en condiciones de vida enteramente distintas de las que rigen al planeta terráqueo.

Los natulistas miopes que aseguraban no há mucho á un, con énfasis pontifical, que los abismos del Océano están condenados á una esterilidad eterna, porque las condiciones de luz y de presión son muy otras que las de la

superficie, recibieron de la Naturaleza misma el mentís más brutal que jamás pudo infligirse á la pedante ciencia de los que pretenden la infalibilidad. Este mentís tan formal y tan rudo y tan absoluto no les ha corregido, porque aun los hay que declaran que la vida no puede existir sino en los mundos idénticos al en que habitamos. Siempre el raciocinio del pez que, muy sinceramente, afirma que es imposible vivir fuera del agua. Dejémos á esos doctores con sus ilusiones, y prosigamos nuestra ascensión.

La Astronomía debe ser la gran institutriz de la Filosofía.

El lejano mundo de Neptuno, en el cual cada año equivale á ciento sesenta y cinco de los nuestros y en el que diez años representan todo el intervalo histórico que nos separa de los romanos—recordemos que hace mil seis-cientos cincuenta años, los romanos reinaban en Lutecia y en Galia y que nadie hubiera podido adivinar á Francia ni á nación alguna—fué hecho para enseñarnos á agrandar nuestras concepciones terrestres tan estrechas y tan personales sobre todo desde el punto de vista de la medición del tiempo. El calendario de ese planeta es tan exacto, tan

preciso como el nuestro, y un año neptuniano no es más largo para los seres lentos y reflexivos que allí habitan que un año terrestre para los seres agitados y apremiantes que pululan en el torbellino de nuestras ciudades. Un adolescente de veinte años ha vivido realmente unos tres mil trescientos años terrestres, sin suponer que á ese tiempo le califiquen de muy largo los habitantes de nuestro planeta, que semejante ciclo lleva á la época de Homero y de los fastos de la Grecia antigua.

Sería imposible al análisis más hábil descubrir un punto de comparación entre los seres que viven en el mundo de Neptuno y los que conocemos en la Tierra. Ninguna de nuestras clases, aun cuando fuesen las del reino animal que es tan vasto y tan diverso, ni del reino vegetal, pueden aplicársele. Es ése otro mundo, absolutamente distinto de este.

Los organismos que viven en la superficie de los diferentes mundos del espacio, son la resultante de las fuerzas que están en actividad en cada uno de esos mismos mundos. La forma humana terrestre tiene por origen las formas ancestrales de la larga serie animal de que salió gradualmente y de que es su más alta emancipación, y esas formas anima-

les primitivas se remontan más y más por lazos no interrumpidos hasta los organismos rudimentarios privados de sentidos que son la gloria del hombre, y con los que la vida inauguró sus manifestaciones; organismos bien rudimentarios en efecto, á los que vacilamos para dar el título de seres humanos, que no podemos llamarles animales ó vegetales, que no son ni lo uno ni lo otro, y que se nos presentan al estado de sustancias organizadas, distintas ya del reino inorgánico, pero todavía combinaciones químicas simples que llevan en sí una especie de vitalidad confusa, protoplasma elemental; germen de todos los desarrollos futuros de la vida terrestre, animal y vegetal. Los primeros seres organizados se formaron en el seno de las tibias aguas de los océanos, que cubrían la superficie entera del globo terrestre en el origen de los períodos geológicos. Su naturaleza química, sus propiedades, sus facultades, eran ya la consecuencia de la composición química de las aguas, de la densidad, de la temperatura, del medio ambiente; las variaciones de ese medio y de las condiciones de existencia, trajeron variedades correlativas en los desarrollos de este árbol genealógico, y según que los organismos ha-

bitaron las regiones profundas, medias ó superficiales de las aguas, las riberas, las planicies bajas, las pendientes asoleadas, ó las montañas, el árbol genológico se desarrolló y dió nacimiento á seres más y más diversificados. La humanidad terrestre es la última flor, el último fruto de ese árbol; pero toda esta vida es terrestre desde las raíces hasta la cima, y sobre cada mundo difiere el árbol. La vida es neptuniana en Neptuno, uránica en Urano, saturniana en Saturno, siria en Sirio, árturiana en Arcturo: es decir propia á cada mansión ó mejor dicho producida más rigurosamente y desarrollada en cada mundo según su estado físico y según una ley primordial á que obedece la Naturaleza entera: la ley del Progreso.

Esta inmensa sinfonía de vida apropiada á cada mundo según las condiciones de espacio y de tiempo se despliega como un coro universal cuyas partes estuvieran separadas unas de otras por desiertos de espacio y por eternidad de duración. No parece discontinua porque no parece oír más que una nota á la vez, pero en realidad y absolutamente hablando ni hay espacio ni hay tiempo. Júpiter no estará habitado por seres que pierden

correlativa y según que los organismos ha-

sen sino millones de años después de la Tierra. Desde el punto de vista de lo absoluto, la diferencia de fecha no es mayor que el día que separa el ayer del hoy.

Todo acaece, se efectúa, se cumple naturalmente, como si Dios no existiera. Y en efecto, el ser que los habitantes de la Tierra llamaron hasta ahora dios, no existe. El Buddha de los chinos, el Osiris de los egipcios, el Jehovah de los hebreos, el Júpiter de los griegos, Dios Padre ó Dios Hijo de los cristianos, el gran Allah de los musulmanes son concepciones humanas, personificaciones que el hombre creó y en las cuales encarnó además de sus aspiraciones más altas y de sus virtudes más sublimes, sus prevaricaciones más abominables y sus vicios más perversos. En nombre de ese pretendido dios los monarcas y los pontífices, en todos los siglos y amparándose con todas las religiones, sumieron á la humanidad en esclavitud de que aun no se liberta; en nombre de ese dios que *protege á Alemania*, que *protege á Inglaterra*, que *protege á Italia*, que *protege á Francia*, que *protege todas las divisiones y todas las barbaries*, los pueblos que en nuestro planeta se dicen civilizados, se arman en guerra, pero

de á detestarse el gran libro del universo hay

tuamente unos contra otros y, como perros furiosos, se excitan á una lucha arriba de la cual la hipocrecía y la mentira asentadas en las gradas de los tronos hacen reinar al *dios de los ejércitos* que bendice los puñales y mete las manos en la sangre humeante de las víctimas para marcar las frentes de los potentados coronados. En nombre de ese dios hicieron los pontífices que ignominiosamente subieran al cadalso Jeanne d'Arc, Giordano Bruno, Etienne Dolet, Jean Huss y tantas otras heroicas victimas; condenaron á Galileo y bendijeron la Saint-Barthlemy; los estandartes de Mahoma cubrieron á Europa de asesinos; los reyes todos del "pueblo de dios", derramaron sangre humana sin cesar; Gengis Khan y Tamerlan señalaron las sendas de sus conquististas con pirámides de cabezas cortadas. A ese dios es al que elevan altares y se cantan "Te Deums. Símbolo de la opresión de los pueblos, del asesinato y del robo ese sér infame no existe, no ha existido nunca.

Es extraño que el hombre burdo, salvaje, bárbaro como es, salido apenas del carapacho de la ignorancia primitiva, incapaz como lo está de conocer un propio cuerpo; comenzando á deletrear el gran libro del universo haya

osado de buena fé, inventar á Dios. No conoce su hormiguero y tiene la pretensión de descubrir lo Incognoscible!

En una época en que nada se sabía, absolutamente nada; en que la Astronomía, la Física, la Química, la Historia Natural, la Antropología no habian nacido; en que el espíritu, débil, quejumbroso, estaba rodeado de ilusiones y de errores, la audacia humana concibió las pretendidas religiones reveladas y los dioses que puso á la cabeza de ellos! Que Confucio, Buddha, Moisés, Sócrates, Jesús ó Mahoma, soñaran dar á los hombres un código de moral destinado á quitarlos de la barbarie y á llevarlos á la idea del bien, es tentativa, es labor que bien puede recibir los homenajes y la admiración de cuantos se preocupan por el progreso intelectual y moral de la humanidad; que los fundadores y los organizadores de los ritos religiosos hayan colocado á la cabeza de cada culto un sér ideal inatascable en nombre del cual pretendian mandar puede admitirse como obra útil desde el punto de vista social, pero el valor no sale del orden social ni tiene más objeto que el interés general de los hombres y de las sociedades; pero que esos dioses inventados por los hom-

bres sean tenidos como realmente existentes — en un cielo del todo imaginario y que destruye con las primeras conquistas de la Astronomía — que hayan sido adorados y que lo sean todavía por una parte del género humano, y que en nuestra época aun Jefes de Estado hagan política en nombre del derecho divino, muestren la impresión del *dedo de Dios* en las llagas más monstruosas del cuerpo social y decoren con la imagen de una providencia local sus banderas de batalla como en los tiempos de Jeanne d'Arc, de Constantino, de David, es incurrir en un anacronismo absurdo, es hacer una mezcla de impostura y de credulidad, de hipocresía y de estupidez indignas de la era de estudio leal y positivo en que vivimos y que obliga a todo hombre independiente a despreciar a quienes medran a expensas de semejante sistema.

La investigación de la naturaleza de la primera causa — no digo el conocimiento de Dios, pretensión digna de un teólogo — la investigación del Ser absoluto, del origen de la energía que sostiene, anima y rige el Universo, de la fuerza que obra general y perpetuamente a través del infinito y la eternidad, que da nacimiento a las apariencias que

hieren nuestros ojos y estudian nuestras ciencias; esa investigación, digo, no podía emprenderse ni aun concebirse legítimamente, antes de los primeros descubrimientos de la Astronomía y de la Física modernas, es decir antes de las investigaciones de Galileo, de Kepler y de Newton. La idea religiosa pura, libre de idolatrias y de mitologías de cualquier género, de los errores y las supersticiones producidas por la ignorancia primitiva no habría podido surgir sino de la evolución científica moderna, y no dos siglos atrás.

Todas las religiones que existen actualmente fueron fundadas en épocas de ignorancia, cuando *nada* se sabía del cielo ni de la tierra. La verdadera religión, es decir la unión de los espíritus libres en la investigación de la verdad debe ser obra de una época como la nuestra, en la cual algunas talentos valerosos y desinteresados se desprenderán de la hipocresía de las falsas doctrinas sin caer por eso en el ateísmo pueril de los hombres superficiales que no ven más allá de la corteza y aplicarán sincera y libremente todas las ramas de la Ciencia a la investigación de la constitución íntima del Universo y del ser humano. El po r

venir nos instruirá. Hoy sabemos poco; apenas comenzamos á aprender.

Nó, Dios no es el antropomorfo que imaginaron la ignorancia y la ilusión humanas, dotado de nuestras sensaciones tan imperfectas, de nuestras pasiones tan groseras, capaz de cólera ó de odio, de injusticia y de venganza. El Sér incognoscible, absoluto, infinito, universal, eterno, se mece siempre arriba de nuestras minúsculas ideas como en el día en que San Pablo encontraba en Roma la invocación de *theo agnoto*— no al Dios desconocido, ni al Dios nuevo sino al *Dios incognoscible*. El Sér absoluto, el Espíritu puro es al hombre lo que el infinito es al átomo. Audaces y materialistas son todos aquellos que han pretendido materializar en una forma cualquiera el Sér inmanente y absoluto.

El que ha dado varias veces la vuelta al mundo, que ha visitado Europa y Asia, Africa y las dos Américas, raciocina de un modo más lato, desde el punto de vista de la Historia del estado de la humanidad que el que jamás salió de su aldea ó de su provincia. Entre las ideas estrechas, incompletas, ilusorias, falsas de éste y las apreciaciones genera-

les, justas, juiciosas, exactas, de aquél, hay la diferencia de la noche al día.

A mil millones de leguas de la Tierra, el juicio que podemos hacer de las obras humanas es distinto del que, satisfechos, hacemos aquí abajo.

Contemplamos el sistema solar en su grandeza entera, reconocemos la exigüidad de nuestro minúsculo planeta desde el punto de vista del espacio que ocupa como desde el punto de vista del tiempo medido por su movimiento anual, sentimos que las apreciaciones terrestres habituales deben estar impresas de esos sentimientos estrechos y vulgares encerrados en el hōrizonte de una aldea y nos hallamos en situación de juzgar con más libertad, independenciamos é integridad de la inmensidad de la creación.

Empero por lejano que el planeta Neptuno esté de nuestra patria terrestre, pertenece al mismo sistema de los mundos y como nosotros forma parte de la familia del Sol. Otros planetas, todavía desconocidos de los astrónomos de la Tierra, gravitan más allá de Neptuno, el primero á la distancia de cuarenta y ocho veces de la Tierra al Sol, es decir á mil setecientos millones de leguas, en

una órbita inmensa que no emplea menos de trescientos treinta años. El viaje celeste cuyas perspectivas resumo me llevó más allá de esas regiones exteriores del dominio solar.

Lanzándome en el cielo infinito y alcancé otro sistema al penetrar en el dominio cómico de una estrella.



## V

### A ocho mil millones de leguas.

Cada estrella es un sol que splende con su propia luz.

El Sol que nos alumbra es un millón doscientos ochenta y cuatro mil veces más pesado. Las dimensiones y las masas de las estrellas son del mismo orden. Un gran número son mucho más voluminosas y son masas mucho más considerables aún.

Cualquiera que sea la estrella á que nos dirijamos, al acercarnos á un sol, á una hornaza. Esos innumerables focos de luz, de calor, de electricidad, de atracción, se nos reducen al minúsculo aspecto de simples puntos